

SCOTT LASH, *Crítica de la información*, Amorrortu, Buenos Aires, 2005. 384 páginas.

Es un acierto que se haya traducido este libro que, quizá por la especificidad que parece sugerir su título, no ha gozado del eco que merecería. En él Lash empieza preguntándose si es posible una teoría crítica cuando el orden de información global ha disuelto los trascendentales, pero su texto —exigente con un lector que ha de transitar por debates de fondo de la filosofía, la sociología y la teoría política contemporáneas, ayudado por estrategias didácticas como plantear al inicio de cada capítulo la cuestión de partida y cerrarlo con un apartado de conclusiones— es aún más ambicioso. De modo que en el viaje van quebrándose nociones y perspectivas de nuestro quehacer teórico animándonos a reformular unas bases epistemológicas que se revelan producto de la sociedad que las vio emerger. Y en el camino, al hilo de esa reflexión sobre la posibilidad de una teoría crítica, se suceden análisis de grandes temas —desde la metafísica de la diferencia hasta la reconsideración del poder— que ilustran cómo la narrativa y, en general, lo discursivo se ven desplazados en las sociedades contemporáneas por la inmediatez de la comunicación en flujos globales, en los que las tecnologías de producción ceden su protagonismo a unas tecnologías de la comunicación que informan lo social contemporáneo de manera fluida, precaria, no lineal, reticular, discontinua, contingente y situada, a diferencia de la lógica que regía las instituciones, estructuras, organizaciones y sistemas del orden nacional industrial.

El libro se organiza en tres bloques: “Información”, “Crítica” y “Crítica de la

Información”, tras un capítulo en que se presentan los mimbres con que se va a ir entretejiendo la argumentación. “¿Qué pasa en una era en la cual el poder simbólico ya no es ideológico, esto es, ya no toma las formas de los sistemas de ideas que constituyen las ideologías? ¿Qué pasa cuando el poder simbólico, en cambio, es principalmente *informativo*?” (p. 21), ¿qué pasa cuando el tiempo y el espacio se reinventan en las culturas tecnocientíficas, cuando la reflexión y la reflexividad sucumben a la inmediatez y a la inseparabilidad del “dentro” y “fuera”? Para responder Lash revisa las cualidades de la información para entender las sociedades a las que caracteriza; unas “sociedades de la información” —frente a otras etiquetas posibles, como “del riesgo” o “postmodernas”—que se definen, más allá de su interpretación habitual en términos de producción intensiva de conocimiento, por ser fruto de la paradoja de que dicha producción, altamente racional, acarrea el efecto no deseado de constituir una sociedad *desinformada* de la información, donde el adjetivo no sólo remite al efecto colateral de la sobrecarga y saturación de información, sino en un sentido más etimológico y profundo, a la disolución de las formas tradicionales de lo social. “El orden de la información es una sociedad del «y» conectada por redes” (p. 26), y en la medida en que dichas conexiones ya no se someten al sustancialismo de lo trascendental, abandonando así el reino de la necesidad, las comunicaciones, las articulaciones, en suma lo inmanente y contingente, pasan a primer plano. De modo que

podemos decir con Virilio que en la era del orden de información global vivimos en una cultura del accidente, y por lo tanto, de lo imprevisto, siendo su esencia fenomenológica lo que niega toda esencia; esto es, la comunicación.

El primer bloque, “Información”, aborda las implicaciones de su centralidad, empezando por las formas tecnológicas de vida a las que dedica el segundo capítulo y de las que destaca, frente a las del orden anterior, tres rasgos: el *aplanamiento* de la supuesta interioridad tanto del objeto como del sujeto o del sentido —y con ello el cuestionamiento de la frontera entre ellos, la erosión de la intencionalidad y la fusión entre teoría y práctica—, su carácter *no lineal*, marcado por dinámicas de compresión, aceleración, expansión discontinua, y su *desarraigo*. El siguiente capítulo se abre señalando tres desplazamientos claves de las últimas décadas, convertidos en ejes rectores de lo social contemporáneo y de la crisis y paradojas del orden precedente: el principio de lo nacional cede paso al de lo global, la lógica de la información desplaza a la de la producción¹ y la lógica de lo social (estructural, *Gesellschaft*) es desplazada por la de lo cultural (más cercana a una *Gemeinschaft* reinventada bajo nuevos principios). Tras distinguir entre lo simbólico y lo semiótico, concluye que si antes vivíamos en un orden local y simbólico ahora habitamos un (des)orden global y semiótico en el que la cultura se separa de la práctica y se convierte en tecnología. En ese contexto cobra sentido su noción de *sociaciones*,

cuyo fundamento es el lazo afectivo, la innovación de significados rituales y compartidos y el reconocimiento basado en la coproducción de horizontes (p. 74); comunidades postradicionales, en suma, que “en el marco jurídico del Estado constitucional luchan por crear la vida buena” (p. 76).

Se ocupa Lash a continuación de las “desorganizaciones”, entendidas como las consecuencias no intencionales de las elecciones racionales de las organizaciones, y que cuestionan en la práctica dicotomías tradicionales como estructura *vs.* acción o fines *vs.* medios. Son formas particulares de asociación dispersas y en transformación constante en las que la dimensión valorativa es fundamental —aunque más bien en términos de un disenso axiológico crónico (p. 83)—, pero que, frente a las comunidades tradicionales, presuponen cierto grado de individualización, además de ser más fluidas y móviles que aquéllas. Y aquí encontramos una curiosa conexión con autores como Wiewiorka con respecto a la redefinición del par poder-violencia: si las organizaciones remiten al poder, las desorganizaciones que hoy conviven con ellas son resultado de la fluidificación y quiebra de su legitimidad, habitando así el reino de la violencia.

A las consecuencias de ello para la reflexividad dedica Lash el capítulo quinto a partir de una revisión de tres tipos de “objetos indóciles”: los “cuasi-objetos” de Latour, los “malos objetos” de Virilio y los “objetos muertos” de Benjamin, que, además de permitirle compensar limitaciones que encuentra a los anteriores le

¹ Muestra de ello es que se modifica el paradigma de la desigualdad, que ya no es tanto —o al menos no sólo— el de la *explotación*, definida en relación con la *producción*, como el de la *exclusión* con respecto a los flujos de *circulación* de la *información* global.

sirven para apostar por una irremisible política de la melancolía en la era de la información. El bloque se cierra con su defensa de una teoría social entendida como teoría mediática, que dé cuenta no ya de los medios de comunicación, sino de las prácticas de mediación; una teoría mediática “como forma paradigmática de pensamiento en la sociedad global de la información” (119), que requiere poner en cuarentena la distinción kantiana entre instrumentalidad y finalidad.

La segunda parte del libro, “Crítica”, se abre con una revisión de la teoría del signo que cuestiona el produccionismo y la noción de un sujeto encerrado en sí mismo —como ya hicieran Horkheimer y Adorno. Tras revisar críticamente los planteamientos de Husserl, Heidegger, Lévinas o Derrida, se apunta la necesidad de apostar por nuevas vías para la socialidad que permitan romper con la supuesta incognoscibilidad del otro postulada por una política de la diferencia que sigue recreando el repertorio de la trascendencia. La teoría del signo que defiende Lash presume la finitud del sujeto, la importancia de la socialidad y apuesta, siguiendo a Gadamer, por la *presentación*, dialógica (*Darstellung*), en lugar de la *representación*, monológica (*Vorstellung*). Llegamos así a los capítulos más densos, pero analizar las implicaciones de la metafísica de la diferencia con rigor y precisión de orfebre no es ni mucho menos tarea fácil. Frente a la diferencia, incognoscible, intraspasable, o, mejor aún, junto a ella, Lash sitúa las nociones de reconocimiento y traducción, necesarios para la vida ética y esa socialidad (p. 197).

Pero si tiempo y espacio se/nos reconfiguran en la era de la información, la crí-

tica a la representación no puede limitarse a la teoría del signo; por ello dedica un capítulo al materialismo espacial de Lefebvre y otro al “ser después del tiempo”. En el primero introduce la noción de *habitus* en contraste con el *intelecto*, lo que remite tanto al conocimiento práctico como al hecho de habitar un espacio, subrayando la dimensión corporal y vitalista y la centralidad de las mediaciones. En el segundo, tras retomar el *Dasein* heideggeriano, recupera los tres modos de inscripción cultural a los que se refiriera Benjamin: el *relato*, y su tiempo de la historia y la tradición, la *novela*, en consonancia con la temporalidad moderna, y la *información*, marcada por la fragmentación, la aceleración, la corta duración, la brutalidad del hecho. Esas son las coordenadas de esa política de la melancolía, más cercana a los extremos que a los términos medios aristotélicos, a lo vicioso que a lo virtuoso, pero marcada por su ineptitud crónica para olvidar (p. 236).

En último bloque, “Crítica de la información”, distingue entre dos tipos de información: la *información* como tal, vinculada a la racionalidad y al conocimiento (discursivo), y la *desinformación* que, de nuevo, es la consecuencia no intencional de la multiplicación, expansión y sobrecarga de la primera y se caracteriza por su nula conexión con lo universal y con lo trascendental. Vemos una vez más que si la modernidad es ordenada, sus consecuencias no lo son; la información se hace ingobernable y genera ingentes cantidades de basura, metáfora para Lash de ese nuevo *desorden*.

Pero no sólo habitamos sociedades de la información, sino que estamos inmersos en una *cultura tecnológica de la informa-*

ción. El utilitarismo de la cultura representacional se ve reemplazado por una experiencia más práctica y más mediada. A partir de la noción de juego (Huizinga) y de las propuestas de Garfinkel, Lash defiende una “fenomenología empírica de las comunicaciones” que no desaloje los afectos, pues “cuando estamos dados en el mundo con objetos o prácticas sociales, ellos nos afectan y nosotros los afectamos” (p. 289). El carácter inmanente de la cultura tecnológica supone, pues, cierta tactilidad, frente al distanciamiento positivista y el principio de visión de la cultura representacional, que hablan el idioma de lo simbólico y lo imaginario, frente a lo real desarraigado y genérico de los juegos y la presentación.

En diferentes momentos insiste Lash en el carácter no lineal ni discursivo del poder en la era de la información frente a quienes lo neutralizan (Baudrillard, McLuhan) o a quienes, pretendiendo abordar su crítica, presuponen que el poder se ejerce por medio de lo simbólico mientras que la resistencia lo hace mediante lo real (p. 312). Si para McLuhan las formas tecnológicas de vida implican cultura *a distancia*, Haraway pone el acento en su *reproducción* a distancia, donde lo orgánico da paso a lo cibernético y lo semiótico

implosiona con lo material, engullendo los trascendentales modernos.

El capítulo de conclusiones es valiente. Si en la sociedad industrial la relación social era simultáneamente el vínculo social, en el orden de la información la comunicación, intensa, breve, a distancia, ocupa su lugar, de modo que ésta, y no ya la acción social, debería ser la unidad contemporánea básica de análisis. Su sociología se convierte así en una “mediología”, centrada en las re-territorializaciones de la sociedad red fruto de la solidificación de los flujos. Del significado como lógica del sentido se pasa a la operacionalidad, pues los flujos no significan, sino que operan. Y operan también para la posibilidad de una teoría crítica, pues si ya no hay afuera, la crítica de la información está en la información misma.

Estamos pues ante un texto sugerente, aunque en ocasiones complejo, que nos sitúa ante retos políticos y epistemológicos de envergadura. Es quizá por ello por lo que requiere de más de una lectura para poder extraer y evaluar las implicaciones de dicho reto. Ahorrarse el esfuerzo y seguir mirando para otro lado puede ser más cómodo, pero ¿qué sentido tendría?

ELENA CASADO APARICIO